

bién son los que desmienten la visión de estructuras partidistas débiles o inexistentes.

Finalmente, el autor despeja una de las dudas centrales que cruza la lectura de estas páginas y que da origen al título de la obra, esto es, si los partidos son instituciones políticas —con todo lo que ello implica— o, simplemente, máquinas electorales que sirven de instrumento para los intereses de un líder carismático y/o una camarilla de turno. Alcántara sostiene que en el universo de partidos latinoamericanos pueden encontrarse ejemplos de ambas categorías y que éstas pueden ubicarse en un continuo de mayor a menor institucionalización. En cualquier caso, aunque funcionen como instituciones o como máquinas electorales, lo más relevante es que la ideología juega un papel central, toda vez que supone valores que dan sentido a la política, motiva la acción y ayuda a los electores a discriminar a unos partidos de otros. Éste es un aporte clave de la investigación, ya que tras la caída del Muro de Berlín y el proceso de desideologización que viven las sociedades contemporáneas, gran parte de la literatura desestimaba su vigencia. La ideología y la organización importan. Y eso es algo que todos aquellos que estudian el comportamiento de los partidos latinoamericanos no pueden (ni deben) ignorar.

Flavia FREIDENBERG

**George Soros**

## La burbuja de la supremacía norteamericana

(Barcelona, Debate —Arena Abierta—, 2004)

*Rara avis.* Húngaro de nacimiento, judío para más señas, habiendo conocido, padecido y sobrevivido al fascismo del Almirante Horthy, la ocupación y el holocausto nazi, y el duro principio de la experiencia comunista; emigrante a Gran Bretaña y más tarde nacionalizado en Estados Unidos, país en el que, además, integra la nómina de los «multimuchiricos». Hasta aquí un itinerario relativamente normal, al menos para parte de una minoría de elegidos. Lo singular del caso Soros es que además haya sido discípulo de Popper, de quien recoge y elabora parte de su instrumental conceptual; haber participado en notables y costosas operaciones de intentar reflotar las economías de los países que abandonaron política y económicamente el comunismo\*, y, sobre todo, el ser no sólo un crítico del modelo vigente que adopta la globalización económica, sino también ofrecer alternativas. No ha hecho ascos a su participación en foros antiglobalización. Lo mismo puede aparecer en Davos que en Portalegre; en ambos lugares, en calidad de protagonista.

\* Durante un año financió la supervivencia de la élite intelectual y técnica rusa, otorgando una especie de «beca» de 300 dólares mensuales a 30.000 personas, con la intención de evitar, dentro de lo posible, el desfondamiento, aún más, del sistema social de la extinta Unión Soviética.

*La burbuja de la supremacía norteamericana* participa de la misma línea que sus libros anteriores: *La crisis del capitalismo global* y *Globalización*, este último más difundido en España. El que comento se centra mucho más en Estados Unidos, como aparece explícitamente manifiesto en su subtítulo: «Cómo corregir el abuso de poder en Estados Unidos»; abuso de poder que Soros personifica en el presidente Bush y en su círculo del poder.

Soros parte del concepto popperiano de sociedades *abiertas* contrapuestas a las *cerradas*, manifestándose lógicamente partidario de las primeras. Como su maestro, considera que «nuestras» —las suyas y de quienes opinan igual— son verdades provisionales y que se debe tratarlas como tales, dejándolas abiertas a cualquier revisión. Esta visión filosófica la traslada a la sociedad. Así estima que «una sociedad abierta es susceptible de ser mejor. Su fundamento radica en el reconocimiento de que la gente tiene opiniones e intereses divergentes y de que nadie está en posesión de la verdad última. Por lo tanto, se le debe de conceder a la gente el mayor grado posible de libertad de manera que puedan desarrollar los intereses que le apetezcan siempre que éstos puedan desarrollar los intereses existentes en el marco social. Una sociedad *abierta* necesita proveerse de instituciones que permitan la convivencia pacífica entre personas que tienen opiniones e intereses divergentes».

En cuanto al mercado y su papel social su opinión es más interesante, principalmente si tenemos en cuenta el currículum de este personaje. «Los mercados permiten que las personas defiendan sus intereses privados mediante libre

intercambio con los demás, pero no están concebidos para ocuparse de intereses *comunes*, como es el caso del mantenimiento de la paz, la protección del medio ambiente o el mantenimiento de los propios mecanismos del mercado». Los economistas —nos dice generalizando en otro momento— alegan que «los propios mercados son más sabios que cualquier individuo y que los mercados financieros siempre tienden al equilibrio... pero lo cierto es que tales conceptos apenas sirven para reconciliar una teoría fallida con la realidad». De lo anterior concluye que «quienes declaran haber encontrado una solución definitiva están destinados a estar equivocados y que *sólo* —subrayo intencionadamente esta palabra— podrán imponer su visión del mundo reprimiendo las opiniones alternativas y destruyendo lo más valioso que tiene la sociedad abierta: la libertad de pensamiento, de expresión y de elección».

Opiniones y puntos de vista que no son nuevos en Soros y que él ya aplicó anteriormente en sus críticas al modelo soviético e incluso, con mayor énfasis, al «global». Sin embargo, lo novedoso, en este caso, es que lo centraliza y ejemplifica en Estados Unidos, y más concretamente en la vigente orientación impuesta por G. Bush y por quienes representa.

El neoconservadurismo y el fundamentalismo del mercado, en los que incluye el marxismo, que considera implícito en una parte de la corriente neoconservadora protagonizada por Robert Kagan y sus «compañeros de viaje» —según los califica con aproximación a designaciones «viejo-marxistas»—, han supuesto una combinación de ideas que han dado pie a una ideología que combina la fe en los mercados

con la fe en la supremacía norteamericana. Según esta ideología, Estados Unidos ha triunfado en la lucha por la supervivencia gracias a que dio campo libre a las fuerzas del mercado y tal triunfo, de acuerdo con la línea de pensamiento del actual círculo dominante del poder en EE.UU., le obliga a imponerle al mundo sus intereses y su punto de vista. Principios que Soros sitúa en la aplicación de un darwinismo social que considera intrínseca y extrínsecamente incorrecto. En varias ocasiones opina que esta corriente, en origen decimonónica pero actualmente impulsando al núcleo del poder en el país hegemónico, hace hincapié en el aspecto competitivo, en tanto que sostiene un deliberado olvido del papel que juega la cooperación en la supervivencia del más apto: «cuando se trata de la economía la competencia tiene lugar entre empresas comerciales. Cuando el ámbito es el de las relaciones internacionales la competencia se establece entre estados. En materia económica el darwinismo social adopta la forma de fundamentalismo mercantil; en relaciones internacionales conduce a la búsqueda de la supremacía norteamericana».

Atribuye al neoconservador y, según él, neo-marxista Kagan la afirmación de que la divergencia entre Europa y Estados Unidos respecto al uso de la fuerza militar está basada en el hecho de que Europa es débil, mientras que Estados Unidos es fuerte. Ello conduce a que Europa tenga tendencia a inclinarse por favorecer la cooperación internacional y Estados Unidos, por el contrario, sea más dado a practicar una política exterior más vigorosa.

Considera que la ideología supremacista que despliega la Administración Bush «está en con-

tra de los principios en que se basan las sociedades abiertas por cuanto manifiesta estar en posesión de la verdad última», y que parte del postulado de que «puesto que somos más fuertes que los demás, sabemos más qué es lo que conviene y tenemos la razón de nuestra parte. En este punto confluyen el fundamentalismo religioso y el fundamentalismo mercantil para conformar la ideología de la supremacía norteamericana»: éxito, predestinación, sacralización del trabajo, etc., son máximas y principios que nos son familiares a bastantes sociólogos. La capacidad autoatribuida de definir el «eje del mal» y de poseer todos los recursos, incluidos los morales, para su corrección, corrobora las opiniones de Soros respecto al país en el que obtuvo no sólo la nacionalidad, sino que, también merced a la libre empresa, le propició convertirse en el magnate que actualmente es.

«Ambos fundamentalismos se retroalimentan. El fundamentalismo religioso aporta un antídoto para la amoralidad del mercado y a la vez proporciona una coartada a los fundamentalistas mercantiles... El complemento natural del fundamentalismo mercantil en materia de política exterior era el realismo geopolítico, que sostiene que los estados deben gobernarse por los intereses nacionales y que, en efecto, lo hacen. La búsqueda de la supremacía norteamericana constituye una extrapolación salvaje de esa idea y proviene del éxito que han tenido los Estados Unidos al convertirse en la única potencia que sobrevivió a la guerra fría. Los neoconservadores han aportado, además, una determinada dosis de celo proselitista que no tenían los defensores del realismo geopolítico. Para los primeros, el camino hacia el éxito de los Estados Unidos es superior a todos los

otros y quieren [«nos constriñen», opino por mi parte] que el resto del mundo se beneficie de él». De ahí lo que por estos pagos traduciríamos como saludable empleo de la violencia para llevar —imponer— el modelo de democracia y de libre mercado *made in USA*, pero también *made in Japan*... y, si fuera posible, «hecho en España», que retroalimenta el modelo globalizador que, de momento, actúa de referente y, si se me permite, agrego tímidamente, desafortunadamente, a nivel global.

El libro de Soros incluye otros tres aspectos que le otorgan mayor atractivo. Por un lado, sus propuestas de reconducir el cambio, idea mejor desarrollada en sus obras anteriores, pero que no por conocidas dejan de resultar atracti-

vas. No nos oculta que algunas de sus ideas y en alguna ocasión han ocasionado que se cargearan (*sic*) de ellas. También nos cuenta Stiglitz que a veces produjeron las suyas ese mismo efecto. En segundo lugar, no todo es crítica de la Administración Bush. Nos señala iniciativas saludables, como la «Cuenta del Desafío del Milenio». Y, por último, Soros nos aporta una panoplia conceptual de indudable procedencia popperiana, pero que no está de más recordar y verla contextualizada en la actual coyuntura, como, por ejemplo, flexibilidad, fallibilidad radical, principio de incertidumbre humana o alquimia de las finanzas...

Juan MAESTRE ALFONSO